Núm. 18.

No me Olvides;

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

3 *de setiembre de* 1837.

DECIR Y OBRAR.

Nuestro siglo es el siglo de las contradicciones. El mayor número de seres piensa de un modo, habla de otro, y de distinto obra;-esta falta de unidad es origen de muchos males, y causa del poco crédito que tienen los escritores, comparado al que tener debieran. Esta falta de unidad se refleja á tal punto en la literatura actual, que, desgraciadamente, se va esta reduciendo á un mero pasatiempo, sin influir, de un modo activo, en las costumbres, y sin ser un verdadero sacerdocio de moralidad y virtud, cual está destinada á serlo.

Se ha dicho siempre que, para hacer derramar lágrimas, lo primero es llorar; con las creencias sucede lo mismo; para convencer se necesita ante todo estar convencido.—Nuestra mala suerte quiere que la juventud del dia profiera máximas de virtud evangélica que, por desgracia, no pone en práctica; que predique una religion en que no cree; que alabe lo que no ama; por fin, que adore lo que desprecia. Esta contradiccion de ideas y sentimientos influye poderosamente en la ninguna creencia pública, y seres en quienes la filosofía y la meditacion tienen poco influjo, se escudan con ella para dudar de la buena fé de los escritores, y del poder de la razon y la virtud. Se valen de un argumento, con lo cual creen haber vencido. Dicen asi: "si esos hombres que tan bien pintan las costumbres puras y severas, no logran convencerse á sí mismos, con sus bellas razones y argumentos que creen irresistibles, imposible es que su causa sea tan buena como quieren hacernos creer. Si ellos creyeran, practicaran; si no practican no creen, y sino creen ¿por qué quieren que nosotros creamos?..." Hé aquí el origen de la duda, y sabido es que la duda es el principio del escepticismo.

A mi modo de entender, el escritor público, ese sacerdote de moralidad que quiere consagrar su vida á la propagacion de las luces, al triunfo de la verdad, debia tener hasta su conducta sujeta á censura. Cada cual debiera poderle lanzar un "mientes" cuando le viese predicar máximas que no pusiera en práctica; cuando le viese con el labio enseñar la virtud, y con la mano obrar la iniquidad. O el escritor se presenta en el mundo como un corruptor para quien la sociedad teje coronas de laureles, á quien todo es permitido, ó bien no es mas que un hombre sujeto á una censura tanto mas severa de cuanto dice, cuan-

to que son muchos los que lo escuchan, y los que se dejan arrastrar de la magia de sus discursos.

Si alguna vez llega á establecer la sociedad penas para el que mancilla la moral pública, si salen alguna vez las leyes del estrecho círculo á que estan reducidas, y triunfa enteramente la filosofia de los intereses materiales que son tenidos en mas, y nada son, comparados á los eternos principios de virtud y bienestar interior, por cierto que no se habrán de olvidar los legisladores de esos hombres pervertidos que depravan las costumbres con su ejemplo pernicioso, y que enseñan á burlarse de cuanto el hombre tiene en mas. El que habla como un *Fr. Luis de Leon* y obra como un *Tenorio*, no deberá por cierto ser echado en olvido, que en verdad tal hipócrita conducta merece la execracion de los hombres.

Sin embargo hay que hacer esta observacion: - es una prueba de adelanto la especie de disfraz que empiezan á ponerse muchos escritores, porque con ella nos prueban mas lo horroroso del vicio, pues que no se atreven á ser sus apóstoles los que son sus secuaces. El que se avergüenza de parecer malo, no está lejos de avergonzarse de serlo, y he aqui un progreso conocido ácia la perfeccion y la moralidad.

Por eso es tan desconsolador y triste el ver como, de cuanto en cuanto, se lanza todavia un escritor con esas escenas inmorales que suponen perversidad y descaro, y fuera preciso al menos, interin no se corta de raiz este espantoso mal, silvar, escupir al rostro al escritor que hace alarde de sus principios de depravacion; - que si tal hacemos, en breve silvaremos al *genio sin la virtud*.

J. de S. y Q.

FANTASIA.

I.

"Que gima el inspirado, y que sus lágrimas
Bañen de hiel su mísera existencia;
Y que se pierdan sus humildes cánticos
Al implorar del cielo la clemencia."

De esta imagen triste y dura,
Vivia yo perseguido;
Sumido en amarga pena,
Mezclé con tu cantilena
Mi cántico dolorido.
Tú, tierno amigo, llorabas!
En horas que yo tambien,
Con lágrimas de amargura,
De una altanera hermosura
Lloré el tirano desden.
¿Y que ha valido al poeta,
Su tierno y amargo llanto,
Y el sonar de su laud,
Y su amorosa inquietud
Esplicar en triste canto?
Halagaron sueños de oro
La angustia de mi pasion;
Y, los que esperé favores,
Tornáronse sinsabores
Que burlaron mi ilusion.
Mas entonces tú acallabas,
Mis importunos lamentos
Con palabras de alegria;
Entonces tal vez oia
Tus armoniosos acentos.
Mas hoy, de tí separado,
Mis tan sentidos cantares
Al viento doy, en mal hora,
Como el huérfano que llora
En los paternos hogares.

Cual huérfano que lloró,
Y en la vida transitoria
Nadie su llanto enjugó.—
Mas ¡ay! acerba memoria!...
Tambien soy huérfano yo.

II.

Y tú, en apartado clima,
Lloras tambien, dulce amigo,
Y no tienes ni un testigo
Que contigo llore y gima.

Ni tendrás; del porvenir
Rasgar he podido el velo,

Y no hé visto mas consuelo
Que penar y que sufrir.

¡Ay! que importa al trovador
El fuego que arde en su alma,
Si jamas en dulce calma
Goza un instante de amor?

¿Si á pesar de que ella inspira
Los melancólicos sones,
No comprende sus canciones
La ingrata por quien suspira?

¡Ah! vana, vana inquietud
Abrasa nuestra alma inquieta!
La inspiracion del poeta
Perdió su antigua virtud!....

o

Su mágica virtud, virtud sublime,
Que Dios al hombre concederle plugo,
Para que, en cantos, del creador eterno
El supremo poder revele al mundo!
Mas dejole sugeto á mil pasiones
Y le dió voluntad como á los brutos,
Y dióle al par un corazon de fuego
Que cede facil del amor al yugo.
Y de aquel galardon de eterna gloria,
Claro destello del celeste influjo,
Labró para sí un mal el infelice
Por el ageno bien cambiando el suyo.
Dióle el cielo cantar con sacro numen
De la virtud los sazonados frutos,
Y las eternas célicas dulzuras
Que Dios prepara á los mortales justos.
Templó el poeta la sagrada lira,
Llenóse ¡ay triste! de profano orgullo,
Mundanos pensamientos le alagaron,
De suprema bondad tocó al abuso,
Y, cual otro Luzbel, vano y rebelde,
Vil resistencia á su señor opuso.
Prestó sus homenages á una hermosa,
Rindió á sus pies la lira por tributo;
De su olvido fatal Dios enojado
Nubló la dicha del mortal *iluso*,
Haciéndole chocar un dia y otro
Del padecer contra el escollo duro.
La hermosa desdeñaba sus canciones,
Oia su trovar con ceño adusto,
Y solamente el *mísero* poeta
La quietud anhelaba del sepulcro!...
Gozoso Lucifer su inmunda antorcha
Tres veces agitó en señal de triunfo,
Y en su lacia y espesa cabellera,
Flores de muerto por adorno puso.
Clamoreo infernal, gritos de muerte,
De aire letal al oscilante impulso,
Helado de pavor percibe el vate,
En diabólico son, triste y confuso,
Y aterrado gritó: "*ni aun en la tumba*
El sosiego hallaré que do quier busco!.."

Valladolid.—1836.

Gerónimo Moran.

LOS JOVENES SON LOCOS.

Las once de la noche acababan de sonar en el elegante reló de un cuarto de estudio, en que á la sazon habia dos jóvenes, que, sobrenadando, por decirlo asi, entre la multitud de papeles revueltos que la adornaban en el mas bello desórden, estaban sentados á una mesa.—El mas viejo tendria unos veinte años, y llevaria unos cuantos meses de ventaja, en el trote largo de la vida, al mas jóven, que, en aquel momento, estaba, un si es no es, meditabundo. — El primero, como verán nuestros lectores, en el discurso del diálogo que tr sladamos, se llamaba Cárlos, el otro Eugenio.

—Pero, Eugenio, por Dios! no seas loco, dijo al fin Cárlos, anudando sin duda una interrumpida conversacion.

—Vamos á ver, y quién te ha dicho que esta es una locura?...

—Pues no lo ha de ser! - vaya, chico, acabaste de perder el poco juicio...

—Que me habeis dejado todos vosotros.

—A fé mia que nada nos tienes que echar en cara; se pasa un dia sin que pienses á tus solas mil estravagancias?

—Y se pasa una hora sin que ejecutemos juntos dos mil necedades.

—Bueno! dijo Cárlos, poseido del mas cándido entusiasmo, y levantándose de re-

pente; ese es el modo de vivir en este mundo, esa es la felicidad, ese es el gozo; ese es el único alivio de las penas con que al nacer...

—Vaya, déjate ahora de raciocinios; por fortuna no nos falta de que hablar; cuando no hay nada que hacer es cuando se piensa.

—Buena teoría! Buena, Cárlos! y qué serio lo dices! Cuando yo pienso una estravagancia, ya sé que lo es; pero á tí te se descuélgan del alma como los frutos muy maduros caen del árbol, sin violencia, obedeciendo á cierta fuerza centrípeta...

—Bien, como quieras; pero no te parece que dentro de muy pocas horas habré ya esperimentado una multitud de sensaciones nuevas?...

—Te aconsejo que no emprendas esa aventura.

—Ya he dicho que quiero.

—Pues quiere, en hora buena; pero repito, que es la locura mas estraordinaria...

—Pues no lo es.

—Pues ea, se acabó! no lo es; quieres que te dé una prueba de que ya no la tengo por tal? quieres que vaya contigo?

—No, porque entonces no conseguiria mi objeto; quiero estar solo con esa muger; quiero tener miedo.

—Miedo! y á qué fin?

—Ya te he dicho que quiero ver hasta donde alcanza en nosotros el poder de lo estraordinario; quiero penetrarme bien de las ideas que se pueden ocurrir á un hombre en la situacion en que yo voy á estar dentro de poco; quiero, en una palabra, ser el protagonista en un cuento que voy á realizar en vez de escribir.

—Muy bien pensado; pero estoy seguro de que no conseguirás tu objeto; en vez de temblar te reirás de las estravagancias de esa loca, y como la risa y el miedo...

—Pues no me reiré, y tendré miedo, porque me empeñaré en tenerle, y lo conseguiré.

—Qué disparate! si esa no pasa de ser una muger comun! si tuviera un poco mas de dignidad, ya podria desempeñar mejor su papel de bruja; pero no reparaste esta mañana en sus ridículos modales, — no te hizo rabiar aquella solemnidad grosera, con que queria adornar sus toscas palabrotas?

—Bien! pero yo por ahora no tengo otro instrumento de que valerme para mis ensayos; es cierto todo lo que dices, pero ella echará el resto para asombrarme; ademas, ¿te parece que no es bastante, para aterrar á un hombre, el hallarse solo con una bruja á las horas de la noche, en que, hasta en su cuarto, vislumbra algo que le contiene en sus movimientos, que le hace economizar todo lo posible el ruido, aunque no sea un avaro en materias de bulla; esas horas en que las cosas no tienen cuerpo, porque nosotros no le vemos, en que por lo mismo comprendemos mejor los espíritus, que nuessra imaginacion nos hace temer sin saber porqué, en cuyo silencio los acompasados golpes de una péndola parecen mas bien una articulada y monótona despedida del tiempo, que se lamenta solemnemente de abandonarnos, en los sonidos metálicos que cuentan el espacio en que los hombres le han dividido?... Esas horas en que la obscuridad no solo roba sus colores, dejando severos y tristes á todos los cuerpos que nos rodean, sino que se introduce dentro de nosotros mismos, llenándonos de fúnebre tristeza, como la atmósfera que respiramos, que está entonces separada de la luz, alma del mundo, de ese incomprensible éter, sin el cual no se puede vivir?...

—Mira, al momento te dejo continuar; pero, aparte eso de respirar oscuridad, solemne disparate, á mi entender (y con tu perdon); en cuanto á lo de no poder vivir sin la luz del sol, creo que te equivocas; á mí me parece que es una bonita mentira, y que indudablemente podríamos vivir en una eterna noche, porque yo creo que una lámpara miserable, colocada á media vara de nosotros, ga-

nando en proximidad, lo que pierde en brillantez, es un sol igualito, igualito, al que nos alumbra desde yo no sé cuantos millones de leguas.

—Y quien te ha dicho que la luz que da esa lámpara no viene de la que da el sol?...

—No nos metamos á hablar de lo que no entendemos.

—Pues entonces, ya podemos condenarnos á no hablar una palabra; pero, dejemos esto á un lado, ¿no te parece que el verse uno á esas horas solo en el mundo, porque nadie sabe donde uno está, en una bohardilla mal aparatada, delante de una muger que sea lo que quiera está fanatizada por lo maravilloso, es suficiente para hacerle penetrar, ó por mejor decir, adivinar, aunque no sea mas que por aproximacion, una situacion sublime?

—Sí; pero á todo esto, ya se ha pasado la hora de la cita. Qué es eso? no te atreves á ir, y te estás ahí haciendo el fanfarron, y dejando pasar el tiempo con tu charla, para tener luego la disculpa de que se pasó la hora?

—Te has equivocado; ese reló acaba de dar las once, y anda media hora adelantado; aun tengo un cuarto de hora para salir de mi casa, y otro para llegar á la suya; pero vámonos, no será malo dar una vuelta antes por sitios estraviados para inspirarse un poco.

—La noche no deja nada que desear en cuanto á oscuridad.

—Tú me acompañas?

—Bueno.

—Pero por supuesto que no subes?

—No, hombre, no, ya me llegará á mí tambien el dia en que daré una noche á espíritus;-me has metido en ganas de habérmelas con vestiglos.

Ya se habia echado encima Eugenio la capa.

—Vamos?

—Espera, voy á sacar las pistolas.

—Ola!... y te atreverás á dispararlas en caso necesario?

—No sé, puede muy bien ser que no, y puede muy bien ser que sí.

—Mucho cuidado! En un acceso de furor puedes hacer un disparate, y vivir luego atormentado por los remordimientos.—Fuera de broma!

—Vaya; déjate de tonterias, vámonos; ya estoy en un estado de solemne agitacion como si fuera á acometer una grande empresa.

—Ya te se conoce en lo acompasado de los movimientos, y en lo hueco y sepulcral de la voz.—Alúmbranos, Maria!

Y los dos jóvenes bajaron la escalera.

Ahora, mientras llega nuestro héroe al escondido zaquizamí, en que ha de pasar, no sabemos si una buena ó mala noche, vamos á esplicar á nuestros lectores el *por qué* de tan estraordinaria determinacion.

Eugenio se habia acostumbrado, á pesar de su despejado talento, á pensar estravagantemente.-Era por lo mismo aficionado á todo lo que salia del orden natural de las cosas. Hacia dos dias que tenia noticias de una muger, á quien alguna que otra gente regular consultaba, respetándola como á bruja; y segun pueden ver nuestros lectores no se habia descuidado en hacerle una visita.-No es de presumir que Eugenio creyese que aquella muger tenia pacto con el demonio, pero lo cierto es, que no la despreció como su amigo Carlos.- De repente, al estar hablando con ella por la mañana, se le ocurrió la idea de pasar una noche entregado á los sueños de su imaginacion, en la casa ridiculamente adornada de una muger que se tenia por un ser sobrehumano. - Se lo propuso en efecto, y aunque ella, al principio, resistia, al fin picada en lo mas vivo de su honor, condescendió en una especie de desafio, en que ella ganaba, si lograba atemorizar á Eugenio, y perdia, poniéndose en ridículo, todo su prestigio, sino conseguia inspirar mas que desprecio á un niño que se habia atrevido á arrostrar sus verdaderos ó fingidos encantos.-Todo el mundo

alcanza lo mucho que á ella la iba en salir airosa de esta empresa, y todo el mundo podrá alcanzar asimismo los peligros que correria el hombre que se encerrara á las horas mas avanzadas de la noche, entre cuatro paredes, con una loca, que poniendo todo su placer en la fama de bruja, viera en él un testigo de su impostura.

En nada de esto pensó Eugenio; ni por la imaginacion se le pasó que aquello podia parar en otra cosa que en algun susto, acaso capaz de atemorizarle, que era lo que él deseaba.

Llegó pues con bastante ánimo hasta la puerta de la calle de una destartalada casa;—allí se despidió de su amigo, que se separó de él, deseándole una noche divertida.—Entró en el portal, que estaba absolutamente oscuro, acertó á tientas con la escalera, y subiendo el primer escalon, pidió fuerzas á Dios para encaramarse por ciento y cinco, que la vieja le habia dicho que tenia que contar para llegar á la puerta de su cuarto. — Como el que mas y el que menos se ha hallado una vez en una mala escalera, sin luz, y acompañado solamente del silencio de las altas horas de la noche, escusamos de enumerar los obstáculos que tuvo que vencer el pobre Eugenio, para decir por fin desde una altura respetable: "ya estan los ciento y cinco."—Apenas habia pronunciado estas palabras se abrió una puerta; una mano larga y enjuta que le podia dar casi dos vueltas con sus dedos á la muñeca, de que le tenia agarrado, le introdujo, sin luz, en una estancia que debia ser un callejon, segun lo estrecho que se encontró Eugenio; — al momento cerró la puerta, dando cuatro interminables vueltas á la llave, que, unidas á una voz cascada que le dijo con aire de amenaza "ya estás solo" llenaron á Eugenio de un espanto tal que le hizo arrepentirse muy de veras de su imprudencia.—La situacion era peligrosa:-estar solo, á ciento y cinco escalones de elevacion, con una puerta enmedio, cerrada con cuatro vueltas de una llave que debia ser enorme, segun el sonido que hizo al rozarse en la cerradura, antídoto contra las esperanzas de escaparse, sin luz, y en poder de una bruja ó de una loca, que es peor, - he aqui una posicion en que ni desearíamos hallarnos, ni que se hallase ningun amigo nuestro.- ¡Pobre Eugenio!! *(Se concluirá en el próximo número.)*

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

1534.

Por los años de gracia 1534, habia en la noble ciudad de Palencia una plaza que se llamaba del Azafranal, y en esta plaza habia una iglesia, y en esta iglesia una estatua que se llamaba nuestra señora de los Afligidos. Acaeció que la noche de uno de los primeros dias del mes de agosto fuese fria y destemplada, y que soplase el viento con tanta furia y horror como si en diciembre se estuviera; acaeció tambien que, ácia las doce de la noche, dos hombres, muy embozados en sus largas capas, estaban recostados á las paredes de la iglesia y tan inmóviles estaban que parecian un adorno del gótico edificio - lo que, en verdad, era curioso de ver... Aunque la noche estaba oscura, no lo estaba tal vez bastante al gusto y buen deseo de los incógnitos, sobre todo del mas alto, que solia decir en muy baja voz á su inmóvil compañero: "lo que tarda el sacristan! Alarcon, si acierta á pasar alguien por aqui, y nos conoce, ¿qué será de mi honra?" Cinco minutos despues de dicho esto la última vez, se acercó con paso muy lento, y al parecer temeroso, á los dos bultos otro de mas tosca apariencia, y dijo con voz confusa: "san Antonio," y el mas alto de los que le esperaban le contestó: "santa Maria."

Dicho lo cual, el último llegado se acercó á las puertas del templo, y con tino y recelo las abrió, mirando á todos lados

por si alguien acechaba. Despues que hubo abierto, los tres entraron y cerraron de nuevo la puerta, aunque no con llave. Acaeció tambien que un honrado hidalgo del seguimiento de S. M., que de llegar acababa de Dueñas, donde estaba hospedado el consejo real y de la inquisicion, tenia su morada en frente al susodicho templo; acaeció que no dormia á aquellas horas, y como en el silencio de la noche oyese abrir las puertas de la iglesia, se puso á acechar, por si algo descubrir podia, y despues que vió lo que hemos narrado, y algo de lo que á narrar vamos, fuese á visitar á Juan de Nevares, que era alcalde aquel año, para que sorprendiese á los que él tenia por malhechores y diese cuenta de todo al señor emperador que, por temor de la peste, se hallaba á la sazon en aquella ciudad.

Por el un estremo de la plaza del Azafranal entraron, con paso bastante acelerado, dos hombres, llevando un bulto, con cuidado sumo; iban detras otros dos hombres, de quienes el lento andar manifestaba la tristeza y dolor.

Todos cuatro, que iban muy embozados, llegaron á la iglesia, empujaron la puerta, y, al verse dentro, la cerraron con llave y cerrojos, y he aqui lo que alli pasó.

Enfrente del altar de nuestra señora de los Afligidos habia una mesa cubierta de negro, y, encima de ella, se colocó el bulto que los dos hombres llevaban, y ese bulto era... el cadáver de una muger joven y hermosa. Su rostro estaba descubierto, y uno de los últimos llegados, mozo de mas de treinta años, miraba sus cárdenos labios y desencajado rostro con el ansia de la desesperacion. Dos hombres entretanto abrian un sepulcro; y otro, que era preste y tenia estola al cuello, leia con gran devocion oraciones que debian ser de descargo á los pecados de la muerta. El infeliz doliente á cada instante se enternecia mas, hasta que al fin prorrumpió en amargos lloros.

El preste permanecia sereno, y cuando hubo concluido sus plegarias, hizo seña para que arrojasen el cadaver á la huesa. Entonces fué cuando, levantándose de repente el afligido amante ó esposo, se arrojó al cuello de la difunta sin quererse apartar de ella, vertiendo copiosas lágrimas. Nadie se atrevió á separarlo de allí; solo el preste, que llevaba hábitos morados y cruz de brillantes, se acercó y le dijo con serenidad: "Dios es el rey de los reyes," agarró el cadáver, y le echó en el hoyo. "Requiescat in pace," dijo, y cubrió su rostro con tierra.

En la misma capilla habia una pila de bautizar.. todos se acercaron á ella. Uno de los acompañantes sacó de debajo de su capa una niña medio muerta, y el preste arrojó sobre ella agua, sal y bendiciones, y despues dijo al afligido mancebo: "¿cómo se ha de llamar?... "Juana, como su abuela" contestó el otro. Y el de los hábitos morados puso por nombre Juana á la criatura. Despues se fueron todos á las gradas del altar de nuestra señora, y el sacerdote les echó la bendicion. Levantáronse en seguida, y se dirigieron á la puerta por donde habian entrado. Abrióla el sacristan y al querer salir todos, gritó una voz harto conocida: "alto ahí".. y muchos ballesteros se pusieron delante.

Entonces el que habia llorado en el templo dijo: "que venga á mí Juan de Nevares!" y Juan de Nevares, que era quien hablado habia, se le acercó... desembozóse el mancebo, y le preguntó: "¿me conoceis?".... A lo cual respondió el alcalde "¡Dios mio! ¡El señor emperador!..." Silencio, dijo el otro hombre, y desapareció con los suyos.

o

Pocos dias despues, fué presentado á su Santidad para el arzobispado de Santiago don Pedro Sarmiento, obispo de Palencia, que fué quien absolvió al alcalde Ronquillo el que dió garrote al esforzado Acuña, obispo de Zamora; pocos dias despues, Juan de Nevares subia la cuesta de Dueñas honra-

do con el título de familiar de la santa Inquisicion; pocos dias despues don Juan de Guevara y Camargo tuvo que ir á Paredes de Nava donde estaban los embajadores; pocos dias despues, don Fernando de Alarcon fué á Becerril de Campos donde estaba aposentado el consejo de Hacienda y de la Emperatriz... y no muchos años mas tarde, se reunieron otra vez todos en el infierno!! J. DE S. Y Q.

Un joven escritor muy acreditado acaba de componer un capricho dramático en dos actos con el fin de representarlo acompañado de algunos de sus amigos en el teatro de BUENA VISTA. Conocemos esta produccion, y podemos asegurar que la versificacion especialmente es superior á todo elogio. El nombre del autor, los de los jóvenes artistas que le han de acompañar en la representacion de esta obra, y el dia en que esto se verificará se anunciará con tiempo.

La misma noche creemos que se representen dos improvisaciones dramáticas, obra de los jóvenes artistas que han de egecutar la funcion.—Los nombres de estos últimos no serán ciertamente desconocidos á nuestros lectores.

No es, en manera alguna, nuestro intento provocar contestaciones con nadie, y sobre todo con el *Observatorio*, entre cuyos redactores contamos algunos amigos. Sin embargo como este periódico, en su número 17, haya estampado algunas estrofas de DON LUIS DE GONGORA, y haya puesto por nota que las *cree* ineditas, debemos manifestar que no lo son, y que las conocemos impresas y dadas á luz por *la congregacion de S. Gerónimo de los mercaderes de libros de MADRID*, dedicadas á DON LUIS MURIEL SACEDO Y VALDIVIESO á 22 de marzo de 1654. Nos limitaríamos á esto si estuviese lo impreso por la *Observatorio* igual á lo impreso por la congregacion; pero como no sea así, copiamos esta última version, marcando con bastardilla las diferencias que hay en ambas copias; y rogando á los señores redactores del *Observatorio* crean firmemente que solo hacemos esto por amor al arte.

Hermosa es, y con dinero
doña Blanca de Borbon;
no la quiere, aunque pelon,
el natural caballero;
á cualquiera forastero
darla su padre desea:
plega á Dios que orégano sea.

Hermosa muger teneis?
sois pobre, y de bajo estado
don Belianis empeñado
os pide que le mandeis,
pagárselo no podeis
y él en *pediros* se emplea:
plega á Dios que orégano sea.

Llevais *vuestro* amigo fiel
á ver la dueña que amais;
vos una vez le llevais
y otra *vez os lleva* él;
vos *fiaisos* mucho de él
y él engañaros desea:
plega á Dios que orégano sea.

Tierra dicen que comió
la niña en la opilacion
y fue la *transformacion*
despues que Adan se formó,
yo no sé que fué, ó qué no;
sé que sanó en la aldea:
plega á Dios que orégano sea.

Don Gil con doña Teodora
casó el año del diluvio:
él es como el oro rubio,
y ella blanca como aurora,
y nacen de la señora
los hijos de taracea:
plega á Dios que orégano sea.

Editor *JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.*

Este periódico sale todos los domingos; precio 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias. Suscríbese en Madrid en la redaccion calle de Jardines, num. 36 cuarto bajo, en la librería de la Viuda de Cruz, frente á las Covachuelas, y en la de Miyar, calle del Príncipe; en las principales librerías del reino, y en todas las administraciones de correos.

Madrid. Imprenta y redaccion del NO ME OLVIDES, calle de Jardines, n. 36.